

valor verdadero. No agitándose más que á impulsos de un afanoso deseo de adquirir riquezas y grados, ó en virtud de rivalidades ambiciosas, convertíanse frecuentemente en hombres peligrosos y funestos. Rufino ponía en movimiento á los vándalos y á los godos para contrariar los proyectos de Estilicon; éste dejó que se escaparan los godos á trueque de que nunca se dejara de reconocerle como hombre necesario. Aecio no exterminó á Atila para impedir el engrandecimiento de Torismundo. De consiguiente no podían los emperadores depositar plena confianza en aquellas gentes poderosas únicamente á beneficio de su espada. Sentíase ofendida la vanidad latina de la superioridad de aquellos á quienes seguía tratando como bárbaros, y Estilicon, Aecio, Romano, Nigidio, caían sin aliento bajo el puñal de astutos eunuocos ó de afeminados rivales.

Y sin embargo, el único modo de aplicar remedio á la inminente ruina del imperio hubiera sido fundir á los romanos con los godos, según habían intentado realizarlo algunos de los emperadores precedentes. Esta raza, á la cual no habían enervado los vicios de las ciudades, y que por otra parte se prestaba fácilmente á las ideas de civilización, como se vió en las comarcas donde se estableciera, quizá hubiera rejuvenecido el cuerpo decrepito del imperio, ó al menos los hubiera defendido contra nuevas invasiones. Pero por un lado se opuso á ello la antipatía nacional, aumentada todavía más por el disentimiento religioso; por otro lado, una política desleal, para la cual consistía la habilidad y prevision en sembrar la discordia entre los pueblos acometedores, irritaba á los godos con la violación de los tratados, con viles traiciones y hacia imposible toda honrosa avenencia.

De aquí resultaba que hostigados por esta inicua conducta, volvían sus armas contra aquellos á quienes habían defendido antes. De retorno entre los suyos ponían en su conocimiento las riquezas y las delicias de las comarcas sometidas á la dominación de Roma, así como la facilidad de enseñorearse de ellas. Muchos soldados de Níger, proscritos por Severo, se refugiaron en el país de los partos, y les enseñaron á fabricar armas iguales á las de los romanos y á hacer de ellas buen uso.

Ya no tenía que lidiar Roma, como en sus otras guerras fuera de Italia, con enemigos reunidos bajo una confederación ó monarquía concurriendo todos á las órdenes de un sólo jefe, á una misma empresa, y cediendo todos cuando éste jefe era derrocado, lo cual permitía á los vencedores reparar sus pérdidas mientras la paz duraba. Desde entonces se dividía, por decirlo así, la guerra entre cien pueblos, á quienes no unía para una empresa común ningún lazo ni interés alguno. Apenas habían anonadado las águilas latinas á uno de aquellos pueblos, se hallaba enfrente de otro con nuevas fuerzas y un método de guerra diferente. Puede, pues, decirse que en el transcurso de cuatro siglos hubo continuamente desde Basilea hasta la embocadura del Rhin y del Danubio abiertas hostilidades á una paz armada, sin que la guerra produjera otra ventaja que rechazar el ataque.

Ahora bien, ¿de qué podían servir barreras levantadas por la naturaleza ó por la mano del hombre, cuando los bárbaros embestían al imperio por todas partes, ora en virtud de su afición característica á las aventuras y á los peligros, ora á consecuencia de su sed de botín, de venganza, ó por impulso de otros bárbaros, ó para acudir al llamamiento de algún ambicioso?

Incapaces de resistir con las armas los hijos de aquel Camilo, que anhelaba que su patria debiera su salvación al hierro y no al oro, apaciguan primeramente al enemigo á costa de dinero, cohonestando con el nombre de salario un tributo, que fué exigido claramente en calidad de tal luego; deplorable medio de obtener la paz, puesto que agotaba al imperio, ó le hacía aniquilar á sus súbditos, mientras que era un recurso para el enemigo, dispuesto siempre á volver á la carga para suscitar nuevas pretensiones, después de haber perdido aquel respeto que inspira una nación, de que no sería posible triunfar sino tras una larga y tenaz resistencia.

Si un pago cualquiera era diferido ó negado, acudían los bárbaros á reclamarlo empuñando el acero, con mucha más audacia en razón de que los provincianos perdían visiblemente de día en día la costumbre de manejar las armas. Cuando fué invadida la Italia no se

encontró á nadie que pudiera oponer resistencia á aquel impetuoso torrente. Estilicon ofreció dos monedas de oro á cada esclavo que ingresara en sus filas, al paso que su socorro no se admitía en otros tiempos, sino sólo en el caso de urgentísimos peligros; ciudades fortificadas y henchidas de una población inmensa, apenas resistieron algunos instantes á bandas de salteadores que ignoraban el arte de los asedios y eran incapaces de proseguir con tesón ninguna empresa.

Una vez llegadas las cosas á tal extremo, dos veces retardaron la disolución de la sociedad romana: la irrupción de los hunos y la división del imperio. Contuvo la primera el ímpetu de los germanos, obligados á hacer cara al enemigo para proveer á su defensa, si bien cuando los hunos se dirigieron también á Italia les ayudaron á descargar allí el último golpe.

La división hecha por Diocleciano dió por resultado oponer una rápida defensa á vecinos amenazadores y poner coto á las insurrecciones de los soldados, atendido que hubieron de mantenerse recíprocamente en la obediencia cuatro ejércitos y cuatro prefectos del pretorio. Pero se aumentaron considerablemente los gastos de la corte, porque no tuvo ya lugar la sencillez de la corte de Augusto, sino que por el contrario se rivalizó con el fausto de los persas; faltó armonía á las fuerzas militares; por último, á consecuencia de la división padecieron los intereses de Italia, cesando de ser cabeza y corazón de aquel gigantesco cuerpo.

Italia experimentó posteriormente otro enorme perjuicio, cuando Constantino trasladó su residencia junto al Bósforo, pues ella perdió de este modo los privilegios que había disfrutado como tierra soberana; hallóse abrumada con el peso de los impuestos comunes, cabalmente cuando cesaron de afluir en su seno los tributos del mundo entero. La emigración de los ricos y las invasiones de los bárbaros dejaron despobladas las ciudades; terminaron de cubrirse de mieses los campos, y los jardines de los magistrados llegaron á convertirse en desiertos, donde tuvieron los ríos libre y expedito curso, y donde pulularon á porfía bandoleros y fieras.

De que la traslación de la capital fué propicia á la duración del imperio, dan público é irrecusable testimonio los diez siglos que vivióra Constantinopla; pero este acontecimiento ofreció por inmediata consecuencia rivalidad entre las dos metrópolis del mundo. Roma veía con despecho dividida su diadema, y cómo iban á hermosear la nueva ciudad sus riquezas, sus galas y sus ornamentos. Constantinopla soporaba impacientemente que todavía aspirara Roma á la supremacía. Junto al Tíber recogía la aristocracia en su seno los residuos del paganismo; en Constantinopla corría sangre en virtud de las disensiones cristianas; ambas ciudades parecían que se regocijaban de sus recíprocos peligros; á veces hasta dirigía una de ellas enemigos contra la otra, ora por atender á su propia salvación, ora por satisfacer sus arraigados odios.

A medida, pues, que se aumentaban los peligros, iban en disminución los medios de conjurarlos; toda comarca invadida por los bárbaros cesaba de suministrar dinero, géneros y soldados al imperio. Así como la sangre se retira hácia el corazón cuando va á faltar la vida, del mismo modo Roma retira poco á poco de las fronteras las guarniciones y los magistrados, abandonando las provincias al enemigo ó á sí propias. Entonces queda roto el único vínculo que unía los municipios á Roma, y todos se segregan sin pensar en la conservación de cuerpo á que habían estado juntos, aunque no unidos.

Dos ó tres emperadores concibieron la idea de despertar el patriotismo, echando en medio de aquella desorganización algunos elementos de libertad. Se restituyó á los súbditos el derecho de poseer y de usar armas, decreto que les había arrebatado el suspicaz Augusto; Graciano exhortó á las provincias á formar asambleas, prohibiendo á todo magistrado oponerlas obstáculo ninguno ó retardar las discusiones sobre materias de interés público; Honorio hasta sugirió la idea de una especie de gobierno federativo, que debía tener por efecto reunir los intereses divididos, pero no se aprovecharon de ella ciudad ni provincia, tanto repugnaba la unión al sentimiento municipal en un todo de aquella sociedad. Estrechándose, pues, donde quiera, en sí mismos, hombres y corporaciones,

no quedó nadie para defender el imperio, que agitaron los bárbaros á su antojo como un juguete, hasta que les asaltó el capricho de hacerle pedazos.—De sus escombros debía nacer

la Europa moderna; y cuando se medita sobre su grandeza, se siente el pensamiento arrebatado á lo infinito, que es el secreto de las grandes y profundas melancolías.

LIBRO SEXTO.

EDAD MEDIA



SUMARIO.

Estado del mundo. —Justiniano —Los visogodos.

CAPÍTULO I

Estado del mundo.

El desmembramiento del imperio de Occidente cambió poco la condicion de los países que de él formaban parte, á excepcion, no obstante, de la Italia, porque ya bajo el reinado de los últimos emperadores habian sufrido la invasion extranjera ó el derecho de la fuerza. Sin embargo, este acontecimiento es de extrema importancia en la historia, en atencion á que destruyó hasta de nombre la unidad que durante seis siglos habia abarcado el mundo, que desbarató la forma de la antigua sociedad y cedió el puesto á una civilizacion en la que la mayor parte de los elementos eran nuevos.

No se resintió el imperio de Oriente de tan terrible golpe; antes bien se regocijó quizá por consecuencia de una envidia inveterada y porque se creia seguro de la monarquía del mundo. Comprendida el Asia Menor y la Siria hasta el Eúfrates, y más tarde una gran parte de la Armenia. En Africa solo tenia el Egipto; del litoral se habian apoderado los vándalos; pero poseía en Europa la Tracia, la Mecedonia, la Epira, la Grecia. Las provincias dependientes en otro tiempo de Roma y que todavía no habian sentido el yugo de los suevos, de los vándalos, de los visogodos ó de los francos, en Africa, en España y en la Galia, aflojaron, sin romperlo, el lazo que las habia unido al imperio de Oriente; hasta los países invadidos consideraban la dominacion de los bárbaros como un hecho, y para ellos el derecho perma-

necia al lado de los emperadores que eran los sucesores de los Césares.

Parecia confirmar esta dependencia el nombre de romanos que daban los conquistadores á los vencidos, como lo hicieron posteriormente los turcos en la Grecia; pero las comarcas distantes no reportaban de ello ninguna ventaja, porque disimulando los emperadores su indolencia bajo una máscara de orgullo, reputaban como bárbaras á las provincias occidentales: ignoraban su idioma y sus intereses; y sin medios para defenderlas, sin ninguna solicitud para que fueran bien administradas, abandonaban su gobierno á hombres ricos ó á senadores que, bajo el título de condes, eran independientes de hecho, con la única condicion de ser sumisos de palabras; á lo sumo se contentaban los emperadores con un vano alarde de supremacia respecto de los reinos vasallos en otro tiempo, y reconocian á todos los nuevos príncipes á quienes alzaban sobre el pavés sus soldados.

Acontecia de bien distinto modo en Italia, la cual prestaba obediencia á Odoacro, ó mas bien á su formidable lanza, y á la de sus mercenarios compañeros. Considerada como cuna del imperio, hallábase de continuo agitada por las sordas intrigas de los griegos ó por sus guerras declaradas, que la arrebataban el sosiego sin restituirla la libertad. Al estallar la tempestad sobre ella tuvo algun reposo Constantinopla; pero otras hordas llegaron alternativamente á amenazar ó á defender la ciudad griega; mientras que cerca de ella se engran-